que se embarcaban en una balsa de carrizo y huían en dirección á la Agua Amarilla ó Pozo Escalante, dejando en la ranchería, situada cerca del estrecho que une el mar con el lago, á una Seri anciana que empezó á llorar á gritos cuando nos acercamos á los jacales.

Por falta de balsas y por carecer de agua, tuvimos que regresar al aguaje de San Nicolás. Este aguaje se reduce á un pequeño pozo, de tal modo escondido entre un bosque de mezquites, que sería casi imposible encontrarlo sin tener exacto conocimiento de su situación: además, es tan pobre de agua, que apenas hubo suficiente para dar de beber á unos 8 ó 9 caballos

Durante toda esta expedición, los Seris anduvieron constantemente sobre nuestras huellas, y la noche que dormimos en la Playa de San Nicolás, llegaron hasta unos treinta metros de nuestro campamento sin ser sentidos por nosotros.

En Punta Kino encontré algunos kupfs, ashts y una canoa de madera, semejante á las encontradas en San Nicolás.

Es digno de mencionarse el hecho de que los vaqueros de los ranchos vecinos al territorio Seri saben muy bien los lugares en que los Seris se encuentran, debido á que los Zopilotes siguen constantemente la marcha de estos indios hipófagos, atraídos por los cadáveres de caballos que dejan á su paso y vuelan descubriendo círculos sobre los sitios en donde establecen sus campamentos.

ORGANIZACION SOCIAL

Entre los Seris, como entre muchas otras tribus aborígenes, las relaciones sociales son altamente esotéricas: sus leyes no están codificadas, no están siquiera formuladas; pero existen y son observadas por instinto y sancionadas por el uso.

El rasgo social, por decirlo así, culminante, es la preponderancia de las mujeres, sobre todo de las ancianas, en los asuntos de la tribu.

Las matronas construyen los jacales sin la ayuda de los hombres, llevan los pequeños objetos y útiles domésticos y los acomodan, conforme á la costumbre ó la conveniencia del momento.

Los hombres ocupan allí lugares en relación con su categoría y siempre en el mismo orden; en primer lugar el hermano mayor de la matrona, después los hermanos menores, y por último el marido, que muchas veces tiene que permanecer cerca de lo que pudiera llamarse puerta y otras veces fuera de la cabaña.

El jacal pertenece á la matrona, los hermanos tienen derecho á permanecer en él cuando quieren; pero el marido carece de este derecho por ser de *otra casa*, y generalmente hace el papel de un centinela. . . . más bien de un portero.

Las matronas eligen á su gusto el lugar en que han de fabricar sus cabañas, discuten acaloradamente entre ellas y adoptan por fin la decisión de la más vieja.

Habitualmente una ó dos matronas establecen el primer jacal y poco á poco van viniendo otras matronas con sus hijos y estableciéndose en torno de aquel núcleo, hasta formar la ranchería.

Semejante es la reglamentación en cada una de las familias: la más anciana dispone la colocación de los objetos y las personas en cada jacal, cuidando de preferencia á las jóvenes núbiles; ella distribuye los alimentos, es árbitro en las disputas y sólo acude á la autoridad de la madre de la tribu en los casos de tumulto.

Los hombres generalmente no toman parte en las discusiones y aceptan tácitamente las disposiciones de la matrona que, cuando es necesario, ocurre al auxilio de sus hermanos, que sólo toman parte como ejecutivos y jamás como legisladores.

El modo de ser y las costumbres de la tribu, se explican fácilmente por el carácter totémico de su organización social, revelado por las pinturas de la cara, ya que estos símbolos representan una organización exclusivamente maternal, consagrada á tutelares zooicos; los tutelares ó *totems*, los nombres de secta y las designaciones personales en conexión con dichos *totems* son altamente esotéricos.

Es muy difícil para el observador distinguir en una familia Seri cuál es el marido: prime-

ro, porque en general es mucho más joven que la esposa y frecuentemente más pequeño, y luego por la extraña costumbre que le obliga á situarse en un lugar muy secundario, permaneciendo como un guardián, conforme á la etiqueta de la tribu.

Aunque la mayor parte de la propiedad permanente pertenece á la mujer, existe cierta diferenciación de trabajo en relación con la posesión en propiedad absoluta de ciertos objetos: así, el arco, los carcaxes, las flechas, los arpones y las balsas pertenecen á los guerreros.

El agua, el alimento, etc., pertenecen á todos los miembros de la tribu, pero de acuerdo con sus respectivas categorías. Primero el jefe, después la madre de la tribu seguida por sus hijas según sus edades y, por último, los niños. Entre los Seris, cada miembro de la tribu ó de la familia tiene el derecho de ser alimentado y cada individuo tiene el deber de vigilar porque se alimenten los inmediatos inferiores á él, quedando de este modo garantizada la subsistencia de los niños y hasta de los individuos débiles ó inútiles, que tienen derecho á roer los huesos y comer las sobras de la comida.

Los verdaderamente inútiles, los mal conformados, locos, incurables, son eliminados de la tribu. Los perezosos incorregibles, que no contribuyen con su trabajo y esfuerzos al bienestar común son también expulsados y abandonados en el desierto.

Los guerreros no se ocupan generalmente más que de cazar, pescar y pelear cuando es necesario, y la mayor parte del tiempo lo pasan durmiendo, vigilados por los jóvenes y las mujeres.

Las matronas son las que trabajan en todos los quehaceres, atienden á los niños, acarrean el agua, preparan medicinas necrománticas, envenenan las flechas, y algunas, como Juana María, se ocupan de cargar y *reformar* cartuchos vacíos para los pocos rifles que poseen los Seris.

En resumen: la organización de las tribus Seris es semejante á la de la mayor parte de las tribus aborígenes de América, y sus caracteres distintivos son la excepcional preponderancia de las mujeres, la solidez de las relaciones maternales y la participación de las matronas en los asuntos de mayor importancia para la comunidad.

La instabilidad de la tribu Seri está comprobada por los numerosos cambios y vicisitudes que menciona su historia.

Primero fueron expulsados del territorio los Upanguayma, después los Guayma y por último los Tepoka: á pesar de hablar la misma lengua que los Seris, fueron hostilizados por ellos y obligados á refugiarse en la parte más árida, seca y pobre de aquellas comarcas.

El mando de la tribu es asumido generalmente por el más hábil y fuerte y por aquel cuya mujer posee más poderes mágicos, nigrománticos y es más instruída en ciertos sortilegios y dotada de misteriosas facultades.

Para llegar á jefe, son cualidades muy importantes la categoría de la secta, la edad del individuo y el prestigio de la esposa; pero como entre todas las razas el valor, la fuerza, la fortuna y la audacia determinan á veces el encumbramiento del que menos se esperaba y la caída del que se creía más seguro.

Con frecuencia se da el caso de que dos ó más individuos se declaren jefes, y entonces la tribu se divide, ó la lucha á mano armada decide la victoria, exactamente lo mismo que en las razas que se dicen civilizadas.

Una vez adquirido su grado, el Jefe procura conservarlo á todo trance, prestigiarse y prestigiar su secta, asume la responsabilidad de su alto cargo no sólo en los asuntos de caza y guerra, sino también, y esto es muy importante, en las expediciones marítimas, durante las cuales hace alarde de su extraordinario y misterioso poder para conjurar las tempestades y preservar los aguajes de la maléfica influencia de los demonios.

Para mantener su prestigio recurre á diversos medios: usa el arpón simbólico, se ador-

JACAL SERI

na con alguna piel de león, se arma con algún sable robado, ó con alguna imitación de sable, lleva siempre consigo algún precioso fetiche ó amuleto (un cartucho de rifle ó alguna carabina descompuesta) que según él, tiene el poder de hacerlo invulnerable y de dar á su tribu el carácter de invencible.

Eu los últimos tiempos los Seris han reconocido como jefe al que obtenía un nombramiento del Sr. Encinas ó del Gobernador ó del Prefecto de Hermosillo.

El jefe de los Seris es un ridículo potentado, sin trono, casi siempre sin casa, obligado á vivir desnudo y muchas veces hambriento como sus compañeros, á andar constantemente en busca de agua, huyendo á la primera amenaza de invasión por un grupo de vaqueros, y cambiando aterrorizado de residencia al despertar de alguna pesadilla.

Su poder es tan limitado, que no podría ni castigar á sus propios hijos dentro de su choza, sin la autorización de la esposa ó de las matronas.

En vista de que las mujeres están investidas con los poderes judiciales y legislativos y de que el poder ejecutivo reside en los hermanos de la matrona, McGee ha clasificado el gobierno de la tribu Seri como una informe adelphiarchia ó adelphocracia. En efecto, no tiene carácter de patriarcal, desde el momento en que la superioridad, por edad ó casta, no es reconocida en la línea masculina. Tampoco tiene dicho Gobierno el carácter de matriarcal, puesto que la madre de la tribu está administrativamente subordinada á sus hermanos.

Después del matrimonio entre individuos de distintas tribus, la adopción es sin duda el factor más importante para el derarrollo demótico y sirve para crear simpatías y unificar la ley entre los pueblos primitivos; y aunque entre los Seris no existe como costumbre, hay, sin embargo, varios casos de adopción bien comprobados.

El más notable de ellos es el del Subteniente Hardy, que visitó la Isla del Tiburón en 1826 y tuvo la fortuna de salvar la vida de la esposa del Jefe, que padecía una grave enfermedad, conquistando así la confianza de la tribu y el cariño de la hija de la enferma.

La agraciada doncella se empeñó en pintar la cara de Hardy con el simbólico dibujo de su casta, lo que, según las reglas de la etiqueta Seri, equivale á la adopción.

He aquí cómo se expresa Hardy:

«No queriendo resistir á la indulgencia de esta inocente locura, me sometí al procedimiento. Mezcló la joven un poco de color azul en una concha (de este color, que se asemeja al ultramarino, conservo un espécimen), en otra concha mezcló un color blanco (talco pulverizado) y en otra un color rojo, que después averigué era una substancia que abunda en la isla y se parece al cinabrio. Con un palito puntiagudo, la tierna artista trazó líneas estrechas y perpendiculares en mis narices y mejillas, dejando entre ellas la distancia suficiente para trazar una raya blanca entre cada dos azules. Con igual delicadeza y habilidad adornó las extremidades de las líneas blancas con pintura roja. Si el cartílago de mis narices hubiera estado perforado para admitir un bastoncito de cinco pulgadas de largo, hubiera muy bien podido ser tomado por un nativo de la isla. Al terminar la operación, la tribu entera prorrumpió en alegres alaridos y los Seris me gritaban: «Hermano, Capitán, Tiburón,» que era todo lo que podían decir en español.»

A juzgar por la descripción del dibujo, Hardy fué adoptado como hermano de la casta de la Tortuga.

El Sr. Pascual Encinas, después de una batalla que libró contra un considerable número de Seris, batalla muy sangrienta, en la que la mayor parte de los indios quedaron en el campo, fué informado por una delegación de matronas, que desde aquel día sería respetado como el más poderoso hechicero é invulnerable Jefe y adoptado como miembro de la tribu y padre de ella.

Otro caso de adopción, es el referido por Mashem, un intérprete Seri, corroborado en parte por los recuerdos del Sr. Encinas.

Hará unos treinta años que una partida de cazadores Pápagos se batió encarnizadamente con un grupo de guerreros Seris, en la montaña que está al Sudeste de la Cieneguilla, y durante el combate los Seris lograron apoderarse de una doncella de la tribu enemiga y la llevaron á la isla, conservándola como cautiva.

Verdad es que los Pápagos emprendieron una formal campaña contra los Seris, que su venganza fué terrible y que la doncella costó á la tribu Seri torrentes de sangre; pero la cautiva murió de vejez en la isla, y probablemente abandonada en el maldito desierto, conforme á la inhumana costumbre de aquellos salvajes que en esta cruel forma se desembarazan de los inútiles ancianos.

Por las relaciones de la matrona Seri Juana María y de Mashem, se sabe que la doncella robada no tuvo un solo hijo, pues los orgullosos Seris jamás mezclan su *noble* sangre con la de los indignos extraños, y la infortunada joven Pápago murió virgen tras largos años de cautiverio.

Los casos de adopción más notables, son el de un cautivo que llegó á ser Jefe de la tribu, bajo el nombre de Coyote-Iguana, y el de Lola Casanova, una joven de dieciocho años que fué arrebatada á su familia por los Seris, durante un combate sostenido contra éstos en el camino de Guaymas á Hermosillo, por el año de 1854.

Ya varios ancianos sonorenses me habían referido el atrevido rapto y novelesca historia de Lola; pero ninguno de ellos me aseguró haberla conocido.

Durante mi última expedición al territorio Seri, encontré en el Rancho de San Vicente, propiedad de los Sres. Desens, una antigua sirviente llamada María, que conoció á Lola Casanova y que me refirió lo siguiente:

Hará como unos diez y ocho años que María, ya entonces al servicio de la familia Desens, se encontraba con su esposo, Antonio Valdés, en un rancho conocido con el nombre de *El Parián*.

Al amanecer de un día de verano, los Seris asaltaron el Parián, matando con los primeros disparos de sus arcos á otro sirviente, el único que entonces acompañaba en el rancho á María y á su esposo y que en los momentos del ataque se ocupaba en sacar agua del pozo.

Antonio Valdés dormía con su esposa en un petate cerca del jacal en que habitaba, y al oir el grito de muerte dado por el sirviente, cogió el rifle que tenía á la mano y se dispuso á defenderse, refugiéndose con María en el interior del jacal.

Los jacales de todos los ranchos de aquella costa están formados con ramas de ocotillo, por entre cuyos intersticios puede verse lo que pasa en el interior de las habitaciones.

Los asaltantes rodearon el jacal por todas partes, y al ver que Valdés no hacía más que apuntarles sin llegar á disparar, comprendieron lo que en realidad y desgraciadamente pasaba: el rifle estaba descompuesto. A partir de aquel momento, Valdés fué hombre perdido; los Seris, entreabriendo las ramas, empezaron á disparar flechazos sobre el sitiado y por fin penetraron en la habitación.

En vano fué que la valiente María tratara de defender á su esposo, interponiéndose entre él y los salvajes; éstos rechazándola sin herirla, le decían: «Quítate, no queremos matar mujer»; y seguían acribillando á flechazos al infortunado Valdés, que acabó por caer en un lago de sangre y fué completamente destrozado por los Seris.

María huyó, y fué á refugiarse en un rancho inmediato.

Algunos meses después, estando María sentada junto á la puerta de su nueva habitación, vió llegar un grupo de mujeres Seris que se detuvieron en el rancho para tomar agua. Una

de aquellas indias se sentó junto al pozo, y al sentarse descubrió casualmente un muslo, cuya belleza y blancura hicieron comprender á María que aquella no era Seri. «Tú no eres india, le dijo, tú eres blanca, ¿por qué andas con esas infames?»

La supuesta Seri se acercó á María, y aprovechando la circunstancia de que sus compañeras se habían alejado un poco, «Soy, le dijo, Lola Casanova,» y á grandes rasgos le contó su historia.

Lola Casanova pertenecía á una familia sonorense, medianamente acomodada; era hija de un español establecido en Guaymas, y tenía diez y ocho años cuando hizo un viaje á Hermosillo acompañada de algunos parientes y escoltada por carreros que conducían algunos carros cargados de mercancías. En el punto llamado la Palmita, el convoy fué atacado por los Seris y tras reñido combate los indios quedaron vencedores.

Lola no recordaba sino confusamente las peripecias de la batalla; cree que se desmayó, y cuando recobró el conocimiento se encontró en brazos de un salvaje y muy lejos de los suyos.

Aterrorizada, trató de huír; pero entonces vió con asombro que aquel guerrero Seri caía de rodillas á sus pies y en bastante buen castellano le suplicaba no le abandonara.

«Soy, le dijo, el jefe de la nación Seri, cautivo de la tribu, desde muy joven; mis padres, que eran Pimas, murieron en el combate y yo quedé prisionero de los Seris. A su lado crecí mi destreza en la caza y en la pesca y mi valor en los campos de batalla, me elevaron al rango que hoy ocupo.

«Te arrebaté del carro en que estabas desmayada, porque eres muy hermosa, porque te quiero más que á mis verdaderos dioses y más que al recuerdo de mis padres; antes que perderte, perdería mil veces la vida.

«Tengo una isla llena de tesoros, soy el rey de la nación más valiente y más altiva del mundo; mi nombre es el más temido entre todas las tribus y haré de tí la reina de mis dominios y diosa de mi corazón.

«Lucharé con las tempestades y arrancaré al Océano perlas para adornar tu cuello, pieles á los leones para alfombra de tus pies y plumaje á las aves marinas para formar la cuna de tus hijos».....

Aquel indio era en efecto, el supremo y temido jefe de la tribu Kunkaak, el terrible y renombrado Coyote-Iguana, cuyo aduar adornaban las cabelleras de muchos jefes Comanches, y cuyo nombre era conocido por todas las tribus de Sonora.

Durante diez meses, Lola vivió en la más extraña y angustiosa situación inmaginable: por una parte estaban sus recuerdos, su familia, su posición social y su porvenir perdido; por la otra el ardiente amor que á pesar suyo sentía por aquel mónstruo cuyas terribles caricias la horrorizaban, y en cuyos brazos desfallecía de placer, llegando hasta á besarle enloquecida.

Coyote-Iguana, tuvo que sostener heroicos y sangrientos combates con varios de los cabecillas Seris para imponer á la tribu la soberanía de aquella reina intrusa, contra cuya adopción todos habían protestado; y el salvaje trono de Lola fué durante varias lunas acariciado por las olas del Pacífico enrojecidas con la sangre de los guerreros Kmikes.

A los diez meses, Lola, que ya había sentido en sus entrañas los misteriosos estremecimientos de un ser á quien amaba con horror y con locura, dió á luz su primer hijo: «Entonces, dice ella misma, comprendí que de Dolores Casanova no quedaba ya en el mundo más que un triste recuerdo, y que, en lo sucesivo, yo no sería ya más que la poderosa matrona Seri, esposa del temido y valeroso jefe de la nación Kunkaak.»

Pasó el tiempo, Lola tuvo más hijos, poco á poco se fué habituando tolerar á las costumbres de los Seris: al principio veía con horror sus sangrientos festines, sus inmundas glotonerías, sus increíbles actos de salvajismo: más tarde, aunque con suma repugnancia, empezó á

tomar parte en ellos; y por fin, la ex-Srita. Casanova llegó á adquirir las costumbres de los Kunkaak, á comer carne y tortuga cruda y algunas veces corrompida, se convirtió en icthiófaga, se habituó á andar descalza y desnuda, recorriendo inmensas distancias en compañía de la nómade tribu, compartiendo con su esposo los peligros del combate, la inclemencia del medio y los horrores de la vida salvaje.

Fué varias veces á Hermosillo, llevando no sólo la cara sino todo el cuerpo pintado, para no ser reconocida: vió en ocasiones á sus parientes, tuvo mil oportunidades de recobrar su libertad y volver al lado de su familia; pero jamás pudo resolverse á renunciar á sus hijos ni al salvaje cariño de aquel atlético guerrero que mil veces expuso la vida por ella y que supo regar con sangre el territorio Seri para erigir un trono á la mujer amada.

El temible jefe pudo conservar el poder hasta una edad muy avanzada; pero al fin, debilitado por los años, perdidas las energías de la juventud, y rodeados de enemigos sucumbió en desigual combate pagando con su vida el valiente capricho de imponer á la feroz tribu una mujer de *sangre extraña*. Su cuerpo fué destrozado por los rencorosos Seris. ¡Los perros salvajes vengaron en el cadáver del tigre la afrentosa sumisión que no pudieron sacudir mientras vivió la fiera!

Lola sufrió el rudo golpe, al parecer resignada; pero algunos años más tarde pudo vengar la sangre de su esposo y colocar al mayor de sus hijos en el puesto supremo.

Coyote-Iguana II fué un digno sucesor de su padre, murió joven defendiendo á su madre contra los ultrajes de un subjefe Seri: pero su vida costó muy cara á la tribu, pues su hermano menor asumió el mando y castigó con la muerte á todos los que se habían rebelado contra su antecesor.

Lola Casanova murió cuando su segundo hijo había ya conquistado el mando de la tribu, que obligada por Coyote-Iguana III, tuvo que tributar á la muerta los honores á que son acreedoras las matronas: su entierro fué solemne.

Recuerdo que una tarde, sentado sobre el montón de piedras que forma uno de los mausoleos Seris en la ranchería de Rada Ballena, al ver hundirse el sol tras las elevadas cumbres de la Sierra Kunkaak, ¿cuál de estas salvajes tumbas rodeadas de manglares y acariciadas por las fecundas olas del Océano, cual de ellas, pensé, será en la que reposa el cadáver de Lola, de aquella infortunada joven que debe haber amado y haber sufrido tanto?

Me alejé paso á paso del cementerio Kunkak.

Una tristeza infinita, una profunda melancolía, pesaban sobre mi alma: volví al cielo los ojos, en un cobarde arranque de supersticiosa esperanza, buscando en la morada de los dioses siquiera una promesa de consuelo para el eterno sufrimiento humano; mas los astros brillaban impasibles, y sobre ellos, tranquilos y serenos, caminaban los dioses por el cielo, olvidando á los hombres en la tierra.

«*La mujer es una matriz servida por órganos*». Esta enorme grosería científica, este delito de lesa galantería, fué cometido por uno de los más sabios parteros del mundo, que en tan prosaica, pero exacta forma, definió á la mujer.

Triste, muy triste; pero cierto, muy cierto es que si el hombre nace animal, y nada más, la mujer nace hembra, y nada más.

Amor, educación, afectos y cariño, deseos, actos, instintos, voliciones y sueños: todo en la vida de la hembra está subalternado á la actividad funcional del órgano que la diferencia y la caracteriza.

La naturaleza para llegar á la conservación de la especie, único fin que se ha propuesto al especializar las funciones y diferenciar los sexos, ha dotado á la mujer de una víscera cuya misión es perpetuar la vida reproduciendo el individuo.

En la hembra, todo lo que no es matriz, es accesorio: el sistema nervioso, el muscular, el digestivo: las elevadas funciones de su cerebro, los inexplicables arranques de su instinto, los rasgos más sublimes de su sobrehumana abnegación, la estructura de sus glándulas, la belleza de su piel y la suavidad de sus formas: todo esto constituye nada más que el armonioso conjunto de adecuados medios para llegar á un sólo y alto fin: á la maternidad.

El amor maternal, indispensable para la conservación de la especie, tenía que ser muy superior á todos los afectos, á todas las pasiones, á todos los hábitos y todos los instintos; sobreponerse á todos los obstáculos y regir como absoluto soberano todos los actos de la vida femenina.

Rueca para el pelo.

Tan sólo así se explica que una mujer nacida y educada en plena civilización, haya podido adaptarse á un medio tan salvaje como el constituído por las costumbres Seris, y abandonando patria, familia, hogar, religión, sociedad, presente, pasado y porvenir, se haya consagrado á vivir para el macho salvaje que logró sorprender, dominar y satisfacer sus inclinaciones sexuales, y haya sentido por él y por sus hijos ese sublime amor que eleva la hembra á la categoría de madre.

El matrimonio reviste entre los Seris caracteres verdaderamente extraordinarios y el modo de verificarlo difiere notablemente del empleado por las diversas tribus del Continente Americano.

La población del territorio Seri está formada por un número de mujeres tres ó cuatro veces superior al de los hombres, y por esto la poligamia prevalece de hecho.

El número de mujeres varía entre tres y cuatro para cada individuo, aunque por regla general los guerreros jóvenes no tienen más que una. Parece que el tomar una ó más mujeres supernumerarias, no requiere formalidades especiales, y los Seris toman en general las viudas ó las hermanas de sus mujeres ó las viudas de sus hermanos. Se encuentran muchas solteras pero entre los hombres es muy difícil encontrar un sólo soltero, debiéndose esto á la minoría en que se encuentran en la tribu. A juzgar por los datos adquiridos la poligynia es incidental y de origen reciente.

Para verificar un casamiento formal, toman la iniciativa, ó bien el novio mismo, ó bien su padre ó el padre de la novia; pero jamás la madre ó los parientes de ella.

Los jóvenes no pueden casarse hasta haber alcanzado el desarrollo físico requerido en general para entrar á la clase de guerreros, y las jóvenes hasta que no ha trascurrido algún tiempo después de su Fiesta de Pubertad. La proposición formal ó petición se hace á la Madre de la tribu por las matronas de la secta á que el novio pertenece. El asunto es cuidadosamente discutido por una junta de matronas de las dos castas ó familias y la joven que es consultada después de la discusión, al menos ostensiblemente tiene el derecho de oponer su veto.

Durante el tiempo que duran las discusiones, la novia es objeto de cariñosas atenciones: en circunstancias favorables, se construye un jacal para ella y se la regala una piel de pelícano y algunas piedras y conchas de las que constituyen el mobiliario del hogar.

Si la proposición es aceptada, el novio ingresa como simple attaché al jacal de la futura y tiene que someterse á dos ineludibles y duras pruebas: la una de carácter moral y la